

CRIATURAS DE LA NOCHE

La oscuridad de la noche engullía mi cuerpo. El frío me calaba hasta los huesos, pero tenía que esperar. Tensé la cuerda del arco. Estaba lista y, en ese momento, la veloz flecha de plumas de cisne atravesó la garganta del alce al que había disparado. De su cuello chorreaba sangre, me arrepentí, pero era parte de la cadena alimenticia.

Noté algo, algo iba mal. Se oían crujidos a mi alrededor, tal vez había atraído a gatos monteses.

No. ¡Era más grande! De repente algo sale de entre los arbustos y se tira encima de mi con sus fauces abiertas. Era un oso. Soltó un fuerte gruñido y entonces me aparto y me incorporo rápidamente de un brinco y corro.

Pienso. ¿Qué podía hacer? Era difícil pensar con un oso pisándote los talones así que corrí y corrí hasta creer que lo había despistado. Pero no, estaba ahí detrás ansioso por saborear mi sangre. Y, en ese momento, tropiezo con una piedra y caigo.

Lo último que recuerdo es una roca de forma triangular con inscripciones. Parpadeo y veo la luna, es de noche. No sé cuánto tiempo habré estado inconsciente, pero sé que mucho. Me levanto. Me duele todo el cuerpo. Esta zona del bosque no la conozco. Exploro y veo algo de un valor incalculable: miles y miles de dinares de oro. Pero lo que más me llamaba la atención era un gran rubí en forma esférica, encima de un cáliz de oro, rodeado de puntiagudas dagas y custodiado por un fénix de piedra.

Es una tentación irresistible. Me acerco y lo cojo, aunque me arrepiento muy rápido.

El fénix, que se suponía que era una estatua, ha echado a volar y está furioso.

Corro, intento ir hacia la salida, pero no puedo, el fénix me lo impide. Corro hacia el cáliz a dejar el rubí, pero no puedo, necesito pelear, no puedo dejar que esto le pase a más personas. Consigo alcanzar una daga y cuando el fénix viene a por mí, se la clavo, pesadamente, en donde se sitúa el corazón y entonces...nada.

Suena la alarma, me despierto asustado, aunque sé que todo ha sido una pesadilla. Me tranquilizo. No he despertado a nadie, pero un batir de alas aún resonaba en mi cabeza.

Salma Liceaga Miñambres

Ganadora Categoría B

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE PURITA

Érase una gota gorda, tan, tan gorda, que debido a su peso cayó de una nube a la tierra. Estaba tan gorda porque iba a ser mamá ya que dentro llevaba una gotita que se llamaría Purita. Y claro, debido a su volumen, en una tormenta primaveral, mamá gota descendió la primera. Por suerte, pudo descansar del viaje cuando se posó en un pétalo curvado, aterciopelado y oloroso de una rosa que le sirvió de lecho. Dos días después, un ligero viento agitó los pétalos de la rosa y la gota madre cayó sobre la hoja de una planta que estaba a los pies del rosal. Y del golpecillo, ¡¡¡iplaaafff!!!, nació de su vientre gotita. Por ventura, permanecieron juntas en la misma hoja durante un tiempo, el suficiente como para que mamá gota, al igual que cualquier mamá del mundo, enseñara a su hija los peligros con los que podía encontrarse en la vida; y con más motivo al pasar desapercibida por ser una gotita tan pura (de allí el nombre que eligió su madre). Purita era totalmente incolora, transparente, no tenía contaminantes, ni residuos, ni bacterias... Era saludable, y, por así decir, invisible. ¿Cómo no iba a serlo si provenía de un lago limpio del Pirineo? ¿Cómo no iba a serlo si allí no llegan los humos ni los contaminantes de ninguna industria, ni los fertilizantes para la agricultura, ni los gases de la combustión de los coches...?

Pero llegó el día que mamá gota, cuando se disponía a dar un salto al río desde una caña de gramínea, le dijo adiós a su hija. Claro, no sin antes repetirle y repetirle que fuese precavida y prudente en la vida, que su cuerpo podría dejar de ser líquido, y pasar, debido al frío, a ser un copito de nieve o, evaporarse con el calor y desmembrarse en el aire.

–Hija, –le advirtió la madre con los ojos llorosos antes de zambullirse en el río– para el frío, ten a mano siempre un abrigo y para no coger una insolación ponte un sombrero. Y si llegas a un lugar desconocido, aplica el dicho de: “Donde fueres haz lo que vieres”.

El primer día que tuvo que andar sola, Purita fue descubriendo lo que la naturaleza le enseñaba. Ese día quemaba el sol, producía un sofoco agobiante. Pero ella, como todo su cuerpo era agua, aguantaba mejor el calor que una mariquita de color rojo brillante de siete puntos negros que apenas podía mover sus seis patas a causa de la temperatura tan alta. En ese momento, Purita tuvo una idea genial. Se montaría en su caparazón, al fin y al cabo, tampoco pesaba tanto, y en el camino iría refrescando al

insecto. Pero antes, recordando las advertencias de su madre, cogió una brizna de gramínea que transportaba una hormiga en su boca y a modo de sombrero se la colocó en la cabeza.

¡En buena hora había cogido ese medio de transporte! Sí, sí, en muy buena hora, pues, la mariquita comenzó a ascender por el tronco de una planta y dejó a Purita en una hoja acorazonada que le ofreció todo el amor del mundo. Además, esa planta estaba debajo de un álamo plateado, cuyo castaño de hojas, debido a un ligero vientecillo, llenaba de un agradable sonido el denso silencio de ese lugar. Allí, la pequeña gota se sintió feliz y protegida. Gozaba de unas vistas excelentes. Veía el valle, las montañas, el cielo, las nubes, el sol, los pájaros volando, los aviones surcando el cielo... y ¿por la noche...? Por la noche podría divertirse y adormecerse contando estrellas e imaginando constelaciones. Con estos pensamientos, Purita se quedó dormida en el lecho mullido de la hoja. Se despertó estirando los brazos en diferentes direcciones y con el suave roce de una llovizna ligera. Mas enseguida volvió a lucir el sol, redondo, poderoso y brillante como una moneda de oro recién acuñada.

–¡¡¡Oooooohhh!!! –exclamó Purita, con muchas oes seguidas, por el asombro–. ¿Qué ven mis ojos? Un gran arco continuo y precioso en el cielo. ¡Cuántos colores! A ver, a ver. Rojo, naranja, amarillo, verde, añil, azul y violeta. ¿Son siete? Voy a comenzar al revés. Violeta, azul, añil, verde, amarillo, naranja y rojo.

Pero, un día entre los días, de tan alta temperatura que se achicharraban hasta las chicharras, Purita, olvidando la advertencia de su madre, se quedó dormida sin sombrero. ¿Y dónde se despertó? Se despertó en un lugar horrible, negro, alto, tan alto que al asomarse sintió vértigo al ver la tierra abajo, con unos estruendos tan fuertes que parecía que estaba en un país en guerra, y con unos relámpagos de una intensidad tal que le cegaban los ojos. Estar allí era angustiioso. Espantoso, sobrecogedor. Las gotas y gotitas querían huir de esa nube, como ocurre con los ciudadanos cuando un país se encuentra en el infierno de la guerra. Las gotas gordas estaban en primera línea, amontonadas, preparadas para el salto. En retaguardia estaba Purita y al final le llegó su turno. Al fin y al cabo estaba siguiendo las instrucciones de su madre de “donde fueres haz lo que vieres”. Se lanzó y fue a parar a la oquedad de una lechuga rizada que tenía unas bolitas azules de abono fertilizante. Purita comenzó a sentirse mal, a toser, a vomitar y le lloraban los ojos a lágrima viva. Por ello, pensó que debía salir de esa hoja. De la debilidad se quedó tendida en el suelo, extenuada e inconsciente.

Cuando volvió en sí, Purita estaba viajando cómodamente en un cumulonimbo blanco, como entre algodones. Esa nube se posó sobre un lago del Pirineo de aguas limpias y azuladas. Y ¡¡¡plaaafff!, sin el agobio de la nube negra y guerrera en la cual había pasado los días más tétricos de su vida, saltó. Se posó en una prímula amarilla, cercana a la orilla del lago.

– ¡Purita! –exclamó la madre de gotita, más llena de emoción que de asombro.

– ¡Mamá! De los ojos de Purita saltaban destellos de alegría.

– Aunque pensándolo bien, no sé por qué te sigo llamando Purita. ¿Porque te has dado cuenta de lo sucia que llegas y del aspecto que tienes con esas manchas azules? Anda, zambúllete en este lago, que es, casualmente, en el que comenzó tu vida.

La gotita lo hizo al instante, pues era muy obediente. Y al salir limpia y transparente del agua, su madre pensó que podría continuar llamándose con el mismo nombre al menos durante algún tiempo.

Isabel García Viñao
Ganadora Categoría C

LAS AVENTURERAS DE LA ISLA

¡Hola! Dicen que la primera vez que viajé en avión tenía dos años, yo no me acuerdo pero sí recuerdo la segunda vez que viajé en avión, fue...especial. El aeropuerto tenía casi todo blanco con pantallas gigantes, cuando subimos al avión me tocó sentarme en el medio de tres asientos, a la derecha mi madre y a la izquierda una chica.

- ¡Hola! ¿Cómo te llamas? Yo, Mara – le dije.
- Yo me llamo María ¡encantada!

Nos llevamos muy bien. Después el piloto dijo:

- Debido a un fallo técnico del motor debemos aterrizar.

Aterrizamos en un lugar muy raro, parecía una selva pero con los colores más oscuros. María y yo nos atrevimos a salir, pero justo cuando salimos, el avión despegó, supongo que habrían arreglado el fallo, pero nadie se dio cuenta de que nos habíamos quedado allí.

- ¡Qué isla más rara! – dijo María.
- ¿Cómo saldremos de aquí? – dije yo.

Empezamos a explorar la isla y vimos dos pequeños destellos. Claramente nos acercamos a verlos y nos dimos cuenta de que eran dos pequeñas hadas; un hada con alas doradas, descalza, con un vestido rosa con la parte de abajo rodeada de cinta dorada, piel un poco morena, pelo castaño claro, con mechuras color fucsia, suelto y con una tiara de flores rosas. Ella dijo:

- ¡Hola! Me llamo Destello y soy el hada de la naturaleza de esta isla.

La otra pequeña hada, con alas plateadas, zapatos azules con un pompón blanco, con un vestido azul agua, con una cinta plateada que le rodeaba la parte de abajo del vestido, un poco pálida y con el pelo verde mar y las puntas blancas, recogido por una trenza, dijo:

- ¡Hola! Soy Mar y soy el hada del agua de esta isla y la hermana de Destello.

¿Cómo habéis acabado aquí?

- Nuestro avión tuvo que aterrizar por no se qué motivos técnicos del motor.

Bajamos, pero cuando nos poníamos a mirar alrededor, el avión despegó – respondió María.

- ¡Vaya! Debéis estar agotadas, además es muy tarde, dormid un poco y mañana pensaréis qué hacer.

Mientras dormía, noté que algo pequeñito me tocó la nariz. Cuando desperté, estaba en el avión, supongo que habían sido las hadas. Miré en mi bolsa de cosas que guardaba para entretenerme en el avión, me encontré a Mar y María se encontró a Destello.

Ese viaje cambió mucho nuestras vidas.

Y de vez en cuando visitamos esa isla las dos juntas: ¡las aventureras de la isla!

M^a Victoria Buz Marcu
Ganadora Accésit “Cabrerizos Educa”